

SANDRA MUÑOZ DELGADO

Licenciada en Lengua Castellana y Literatura, Universidad de Nariño.

PETRONILO CRESPO

Sobre los albores del tiempo vivía, un señor llamado Petronilo Crespo, quien tenía una muy dura profesión, ya que era juez, vivía en un pueblo llamado Santa Clara. El señor Petronilo era sonámbulo, por lo cual, siempre caminaba de espalda, a causa de esto, se golpeaba con pollos, gansos, gallinas, pavos, conejos y hasta un avestruz en su hacienda "La Perpetua Glorificación."

Tarde, llegaba a su despacho de cuando en cuando y esto sólo lo sabían unos pocos, cuatro era el número total entre muchos: don Justiniano, el notario del pueblo; doña Pancracia, su secretaria; don Segismundo, el alcalde encargado y don Nepomuceno, el panadero quien siempre le llevaba pan de maíz, pambazos y mogollas. El señor Petronilo era de corazón muy noble, pues entre sus semejantes siempre repartía su gran riqueza. En las mañanas matutinas solía ir al parque con menuda compañía; sí, era de raza canina muy elegante Pachón de tal fiereza heredada de riña en riña y cuya vestimenta solo traía un calzón ¡Guau, guau! –Dijo, el suscriptor.

Cierta noche noctambula escuchó la voz tenue de su sombra: - ¿Qué te pasa pequeño mío, por qué deambulas? Era su madre cuya voz se nombra: Jacinta. Aterrorizado se fue a su aposento donde le aguardaba su santa esposa, quien como niño lloraba en triste lamento, pobre desconsuelo, ella lo calmaba al cumplir sus deberes de señora le llevaba té de tila y faumentos de agua fría para quitarle su calentura, por concejos de matrona doña Asunta.

Un día llegó a su despacho, un señor de apellido Ganso de contextura gruesa, pues era holgado y su primer nombre era Seferino llegó con un esperado suceso: -¡Arribó su prima Avaricia! Cuyo nombre nunca la favorecía, ya que de su bondad todo el mundo se percataba. Dicha inmensa fue su visita que en su banquete no cabría tanta satisfacción. Una mañana de abril cuando la primavera arribó felizmente al otro mundo partió, sin avisar sentado debajo de un cedro llevando dentro de si todo lo que amo entre el pecado y la virtud, así mismo, todo esto culminó.

IFIGENIA

Quince primaveras la adornaron en su día. Dulce doncella de belleza singular al igual que su temperamento. De su cabeza le nacían dos gruesas trenzas que jugaban con su hermosura, las cuales, llegaban más allá de la cintura, cintura diminuta como lo diría Chavita, de cándida moral, igual, que su sobrina.

Una mañana de domingo, la niña deslumbraba con su vistoso blanco delantal de magníficos bordados, que la ponían de gala en la homilía del señor párroco Evaristo Monte Sacro. En la lejanía sobre los contornos de la vereda Ifigenia corría como la brisa, del mismo modo que su pensamiento, de ojos negros como el azabache y de piel canela semejante al guarapo. Cardos, Azucenas, Claveles y Jazmines recogía junto al dulce canto del ruiseñor, llevada por los caminos estrenaba su impetuosa juventud.

Muy grandiosa fue su celebración pues padres, parientes, amigos, foráneos entre otros invitados engordaron en magnífica proporción, más no, olvidemos de aquel galán tan bello y encantador como lo asiste que entre suspiros y halagos a su amada la tenía atontada: -¡Mi flor silvestre entelerida de amor! No temas por este sentir, si al igual estoy yo, ven a mi bien, bien para los dos. De esta manera le habló su príncipe azul, junto a la fuente de agua entre rosas y cerezos, bajo el crisol del firmamento a su musa empalideció, nunca sabremos lo que le respondió. Si el candor secreto del primer amor, primeros fueron únicos dueños.

Quince abrilés la llenaron de emoción, y es así, que llegó a su término este cuento, porque, aunque sea corto, este era el fin.

LAS CHISMOSAS

MACARIA. - ¿Dime comadre mía, en qué decires andas?

HIPÓLITA. - ¡Ven, acá!

Cuentan las lenguas viperinas, de don Adán.

MACARIA. - ¿Qué acontece de tal señor? En su oficio buen conocedor.

HIPÓLITA. - Modisto acuñado por aguja fina, barata palabrería fue embaucado.

MACARIA. - ¿De quién fue el bendito milagro? ¡Sobre su buena fe ha deshonrado!

HIPÓLITA. - Un advenedizo, hijo de don Pepito, cogió su dinero sin permiso. En dolosa dificultad se ve ya ¡Pobre simplón!

MACARIA. - Angaruta, su señora. ¡La Sagrario! Sí, en casorio bien pronunciado, su vientre de blanco deslució.

HIPÓLITA. - A la hora del gallo, para que no se vea su desparpajo.

¡Pudor amañado!

HIPÓLITA. - ¿Qué es del hijo de doña Empera? Del viaje fijo no llegará.

MACARIA. - ¡Pobre desempleado! Desarrapado sin un quinto va, vergüenza ajena da.

HIPÓLITA. - ¿Te acuerdas de Crisanta? La mustia solterona.

MACARIA. - No la tengo presente, aquella fulana.

HIPÓLITA. - Se matrimonio con marinero, un condenado de buen parecer y a la mar un día se fue.

MACARIA. - La desdichada belleza carecía, de ella todo el mundo se escapaba.

MACARIA. - ¡Oye, el Macrobio! Por el cementerio anduvo, en tremenda borrachera.

HIPÓLITA. - ¡Benditas almas! Ni en su última morada descansan.

MACARIA. - El mendigo del todo fue despojado, hasta los calzones le hurtaron.

HIPÓLITA. - ¡La Asunción su madre brinco de la convalecencia! Sobre la carretera destapada bajo la luna llena.

MACARIA. - ¡Si los mire! De prisa corría la vieja, con un gran chal tapándole su encanto terrenal.

HIPÓLITA. - Detrás de ellos ladraba el perro de don Fermín, por las ventanas todos miraron bien enfiestados.

MACARIA. - Así, llegaron hasta el otro pueblo, en cofradía el trío muy amolado.

HIPÓLITA. - ¡Mira a los que ya nos ven! Atiende con presteza su salutación, disimula nuestro desdén.

ISIDORO. - ¡Patilargas! En situación ociosa, el tiempo bien empleado evita ser chismosas

SAGRARIO. - ¡Discurso banal! Ya les llegara el momento, al sentir tal padecimiento.

EMPERATRIZ. - ¡En el purgatorio arderán! Lapidadas por sus propias lenguas.

MACARIA. - ¡Aunque nos juzgan! La verdad sólo decimos, al jugar con su buen nombre.

HIPÓLITA. - ¡Delicioso bocado! Imposible dejarlo salir, cualquiera puede caer en pecado.